

### **Tres libros de un lector exiliado**

1. *No te lleves esa palabra*, de Rolando Jorge (Editorial Casa Vacía, 2016)

Los libros de Rolando Jorge me ponen siempre sobre aviso, me conducen por una senda de disyuntivas que interrogan la condición misma del pensamiento poético y de lo que hemos entendido como formas de la poesía moderna. Al repensarlos, Pablo de Cuba los asume, partiendo de una cita de Wittgenstein, como resultados de una “deshilachada memoria poética”, pero acaso sus rutas menos visibles haya que buscarlas en esas negaciones de todo centro que la escritura exílica cobija. Implosiones, sí, pero exílicas. En sus tantos fragmentos, vuelven a repensarse los contornos de poesía y prosa aforística y diarística, sus nexos se vuelven nebulosos y terminan mostrándonos el trayecto de una destrucción personal, la reprobación y la circulación de las patrias. En su exilio, Jorge entrega su memoria a (y desde) una zona cavernosa, acuífera, que, para decirlo con Ceronetti, citando a Fulvio Tomizza, está “muy lejos de poder comprender el alcance de su dedicación”. El núcleo de toda escritura exílica está vacío, es el vacío. Hemos tenido Jorge y yo algunas pocas, aunque largas, conversaciones. En una de ellas recuerdo que llamó a Carlos Victoria “un escritor pedagógico”. Ninguna envidia, ningún resentimiento, ningún ajuste de cuentas lo animaba a calificarlo así: ambos habitan las siempre concurridas antípodas de la literatura; no juegan en la misma liga. Solo eso. Jorge es un

poeta animoso contra las sintaxis del castellano, las destruye y las rearma; las desarticula y vuelve otra vez a anillarlas sobre un tablero brumoso. Victoria es su reverso mismo: su aparato narrativo apeló siempre a una completitud deudora de proyectos escriturales totales, aunque la vida y las circunstancias en las que le tocó desarrollar su obra conspiraron demasiado contra su reconocimiento como escritor y su estabilidad emocional. De esos dos polos, y de otros quizás menos marcados y más mutantes, están hechas las literaturas. Volviendo al libro de Jorge, entre inicio —“Trabajo una palabra por su consideración a su rango”— y final —“Algunos me consideran muerto en las dárseñas”—, hay un desplazamiento entre recovecos de una expresión que duda en hacerse común, que hace desdeñoso todo ademán de inteligibilidad. Este no es desde luego un libro de poesía por el estilo de *Tercera persona*, pero queriendo ser diario, nos pone en las rutas de un zigzaguo.

## 2. *Libro de College Station*, de Pablo de Cuba (Editorial Casa Vacía, 2016)

El cuaderno que nos aproxima a una poética definitiva de Pablo de Cuba es un libro laberinto, un trazado interminable cuyos fragmentos, entre paredes y accesos, pueden prolongarse *ad infinitum*. La poesía como ficción amancebada, pero que discurre en este caso por una prosodia aun más nítida y comunicante que toda su poesía anterior. De Cuba sabemos que pone trabas a una circulación del lenguaje entendida como normal, no nos deja captar un sentido común para actos y figuras, es decir, nos impide jugar con las mismas reglas de siempre. En el centro de su operatoria estará siempre la interrogación en torno a qué tipo de lector hemos sido. Borges, es un ejemplo, siempre encontró en

Valéry, como en Eliot, a un prosista superior que mejoraba una poesía “menos organizada para la inmortalidad”. De Cuba, lector de *Monsieur Teste*, entiende que el sostén de una escritura es desmenuzar, triturar la sintaxis, hacer del lenguaje algo más que mero alimento, pero corrobora las invenciones borgeanas: “Los hechos [para Valéry], solo valen como estimulantes del pensamiento: el pensamiento, para él, solo vale en cuanto lo podemos observar; la observación de esa observación también le interesa...” Es muy atractivo el juego de espejos y refracciones que De Cuba establece aquí, donde el que mira es mirado, donde el *voyeur* es apenas una trazada sombra desde la retina del otro. Pero también la asunción de la necesidad de una “arquitectura de la destrucción” como operatoria de lenguaje y como estética posible, y como si en la toma de ese desvío quedara cifrada una fatalidad, “la misma suerte de sus predecesores”. Emparentado con aquel *Cuaderno de Feldafing*, de Sánchez Mejías, son dos libros que vienen de un frío ajeno, un valle en el Brazos County de Texas y un lago próximo a Bavaria. Con aquel breve texto de Sánchez Mejías —“Me hubiera gustado conocer algunas ‘propiedades del lenguaje’. No obstante, llegado al *fondo* del problema, no sé si habrá servido de algo.”— dialoga éste de De Cuba: “Una escritura en estado de coma, en postergación comprobable de la muerte.” Hay muchas distracciones hoy en una sociedad entendida como espectáculo para pantallas mínimas, de no ser así estaríamos hablando de este libro como uno que articula una diferencia notable en la manera en que hemos aprendido a leer. *No mueras sin laberinto*, así titulaba uno de sus libros Lorenzo García Vega (el libro se cierra con la noticia de su muerte), especie de autor totémico llegados a una temperatura de las cosas, literariamente hablando. De Cuba ha cumplido, tiene ya el suyo.

3.

*El cristal que se desdobra*, de Lorenzo García Vega (Amargord, 2016)

Para un posible muestrario de adjetivaciones negativas, las que a lo largo de los años ha *cultivado* García Vega. Muchas de ellas pueden rastrearse al final de *Kaleidoscopio*, el volumen que le dedicara Jorge Luis Arcos. Apenas algunas son “cachorrito de serpiente”, “malvadito”, “bicho malo que atacaba a sus amigos”, “caricaturista con suficiente mala leche”, “malhumorado”, “desfasado y repetitivo”... Uno imagina que no hay forma de salir ileso de la andanada, pero también se interroga hasta qué punto un determinado rigor estético justifica esa su “aura demoníaca, desestabilizadora” que ha visto el crítico Walfrido Dorta. García Vega quedaría así igualado con Virgilio Piñera en la membresía de un díscolo origenismo, pero sabemos que se quitó esa piel hace años y no es necesario insistir más en ello. Aparece entonces este objeto infinito de 640 páginas, que difícilmente no leemos como capítulos de una sucesión de libros anteriores. No hay forma de distinguir en su obra algún desvío: al volver sobre lo mismo, al anotar sus sueños y resolver la mayoría de sus pasajes y situaciones acudiendo a preguntas, la insistencia de dudar es ya consistencia. Sus libros son numerosos y sin embargo entendemos su poética como ascética, como ejercicio de contracción, una sensación siempre de reversos, de anotaciones para ubicar en las antípodas. Para reivindicar una impotencia, ese inacabamiento apuntado por Cioran a propósito de Valéry (otra vez Valéry), García Vega escribe: “‘Cesa de tener opiniones’ fue mi lema”, y qué hay en él, junto con el registro de infames sucesos o los contornos borrosos de tanto destartalamiento, si no ausencia de reflexión, negación de la archipresente banalidad del reflexionar que nos abrumba hoy. ¿Cómo llevar un diario sin que la cabeza del bisonte

opinador asome su oreja peluda? Alguna madrugada insomne en la Playa Albina, García Vega se nombra como un “*flaneur* albino” que extraña acaso de nuevo la presencia de un tipo específico de amigo y termina recurriendo a una cita de Pessoa que podríamos suscribir como una declaración —“Soy el arrabal de una ciudad que no existe, el comentario prolijo de un libro que nadie ha escrito. No soy nadie, nadie. Soy el personaje de una novela por escribirse, y floto, aéreo, disperso, sin haber sido, entre los sueños de un ser que no supo culminarme”—, para luego reprocharse un déficit de atención que está en la simiente misma de su poética.

Publicado en:

Revista Crítica (Universidad Autónoma de Puebla, México), número 175, abril-mayo 2017, pp. 7-11 (9-13 en versión pdf).

El número completo puede consultarse siguiendo el siguiente vínculo:

<http://revistacritica.com/wp-content/uploads/2017/04/1Cr%C3%ADtica175.pdf>